

Ricardo Vicente López

*Historia y reflexiones
sobre el trabajo*

*Un recorrido por cómo se dio y cómo
se pensó el trabajo a lo largo de la historia*

Cuadernos de reflexión:

El hombre y el trabajo

Introducción: desenredando un malentendido

El trabajar es la ley, / porque es preciso alquirit;
no se espongan a sufrir / una triste situación:
sangra mucho el corazón / del que tiene que pedir.
Martín Fierro

¿Quién, cuándo y cómo se creó la palabra trabajo?

Podría decirse que el trabajar es visto, por regla general como un castigo, o al menos como una imposición no deseada. Se contraponen a ello el deseo de tener el mayor tiempo posible libre para el ocio. De allí puede entenderse el origen de la palabra “negocio” (que significaba cualquier trabajo) que en la antigüedad se utilizaba para referirse al tiempo que se destinaba a producir para sobrevivir: la negación del ocio. En la antigua Grecia los “hombres libres de la polis”, es decir los que participaban en las reuniones políticas de la ciudad debían estar liberados de trabajar. Trabajaban los esclavos, y los artesanos. Es decir, el trabajo era una carga que debía llevar la gente que no tuviera otro modo de mantenerse. Se entiende entonces que no era algo de lo cual enorgullecerse. Los griegos de la Edad de Oro pensaban que sólo el ocio recreativo era digno del hombre libre, gracias al ocio podían pensar la política y la filosofía. La esclavitud fue considerada, durante mucho tiempo, por las más diversas civilizaciones, como la forma natural y más adecuada de relación laboral. Recargando así todas las tareas necesarias para producir lo necesario para proveer al mantenimiento de la sociedad sobre los hombros de los esclavos, a ellos sólo se les respetaba el derecho a vivir, o en menor medida de trabajadores contratados.

Por otra parte en la tradición judeo-cristiana, cultura hebrea de la Palestina antigua, que hemos heredado como parte integrante de la cultura moderna, se ha entendido el trabajo durante mucho tiempo como un castigo por el pecado cometido en el Paraíso: comer el fruto prohibido. Por ello la famosa sentencia bíblica: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» fue interpretada como una maldición echada sobre la humanidad. Aquella época que hacía la experiencia social del esclavismo no tenía muchas posibilidades de ver el trabajo de otro modo. Sin embargo, hubo otra interpretación de este pasaje bíblico, entendido aquí para este análisis como un libro de sabiduría dejando de lado toda connotación religiosa. Puede pensarse que lo que narra el Génesis es una etapa de transición en la cual los hombres pasaron de su vida de nomadismo, cazando, recogiendo frutos y raíces, a los primeros intentos de asentarse en un lugar y trabajar la tierra para conseguir alimento. El trabajo agrícola aseguraba así la posibilidad de guardar la cosecha sin que se descompusiera, lo que permitía almacenarlo y asegurarse comida todo el año.

Esto sucedió hace unos diez mil años atrás en la zona del Medio-oriente del Asia. Más tarde, hacia el siglo I de nuestra era, en las capas cristianizadas de la población iba ganando otra idea del trabajo: como tarea co-creadora que compartía la obra de la Creación de Dios. Cristo y sus apóstoles, todos ellos trabajadores de diferentes especialidades, realizaron tareas de índole manual. Esta nueva doctrina se basa en la igualdad de los hombres.

Aquí se nos presenta otro modo de pensar el origen del trabajo que el texto bíblico narra en un estilo de cuento, leyenda o metáfora. En la comparación entre ese texto y lo que la historia antigua ha revelado puede interpretarse cierto paralelismo con el proceso evolutivo del género humano. Este proceso reconoce dos etapas de la historia del hombre sobre el planeta (más de 2.500.000 años): una primera, la más prolongada en la cual los hombres deambulaban en bandas pequeñas, de no más de quince personas, comían lo que encontraban. En un tiempo posterior, en que comenzaron a producir armas y herramientas mejoraron mucho la obtención del alimento. Mucho más tarde, en una segunda etapa, antes mencionada, comenzó a trabajarse

la tierra, la siembra de cereales, lo cual obligó a una más compleja organización social ya que hubo que desarrollar modos de distribución igualitaria, de almacenaje y administración de todos los bienes y herramientas. En ese tiempo, con el asentamiento, comienzan a aparecer las pequeñas aldeas que darán paso a las ciudades: el comienzo de la “civilización” (de civitas = ciudad en latín).

Ahora se puede entender el origen de la palabra trabajar y de la palabra laborar. Comencemos por el verbo trabajar. Se origina en la palabra latina tripaliare, y ésta a su vez en la palabra tripalium. Esta palabra tripaliare, originada en la Roma antigua, designaba los trabajos rudos que eran realizados por enormes multitudes de esclavos. El tripalium era un instrumento de tortura con el que se castigaba a los esclavos que no querían someterse o se negaban a trabajar. Era un instrumento, como su nombre lo indica, hecho con tres palos. Tripaliare era padecer el tormento del tripalium. Por ello, aunque no fueran castigados por el terrible aparato, la vida de los esclavos era una tortura y así, tripaliare acabó por significar lo que en latín clásico se refería a toda actividad de trabajo pesado. De allí trabajar, palabra que se incorporó a nuestra lengua. La palabra laborare que se utilizaba para designar el trabajo agrícola se convirtió en nuestro labrar, esencialmente arar la tierra. La historia posterior desde Grecia y Roma hasta avanzado el siglo X en Europa muestra durante el feudalismo al trabajo como algo indigno del hombre libre, es decir del caballero, que se dedicaba a la guerra y la conquista.

Entonces, en los siglos XI y XII, las ciudades comenzaron a reaparecer o fundarse nuevas en Europa y se fueron poblando de hombres que se liberaban y se escapaban de la vida rural, muchos de ellos artesanos. La presencia de este tipo de hombres dio lugar a un nuevo modelo de vida que fue organizándose en asociaciones. Se constituyeron así los primeros gremios artesanales, de carácter mutual. Se difundieron las corporaciones, que reunían personas que tenían un mismo oficio o ejercían una misma actividad comercial. Reconocían tres grados: maestros, compañeros y aprendices, sujetos a distintos estatutos. Su finalidad era establecer las normas a las que habría de someterse el ejercicio de la profesión. Entonces trabajo recupera el sentido de la tarea realizada con arte, de allí artesano, y pierde el primer significado.

Este proceso histórico sufrió un profundo cambio con la Revolución industrial inglesa del siglo XVIII. Este nuevo tiempo histórico modificó los sistemas de producción dando lugar a nuevas formas de trabajo y a nuevas relaciones entre trabajadores y dueños de fábricas. Allí se puede ubicar el comienzo de la sociedad industrial que llega hasta nuestros días. El carácter explotador vuelve a darle a la palabra la primera forma de entenderla. Este largo desarrollo histórico lo trataremos más adelante.

En esta introducción se intenta llamar a la reflexión sobre el significado de la palabra trabajo y las diversas ideas que rondan en torno de él. Todas ellas contienen modos de interpretación que corresponden a diferentes etapas y experiencias del hombre en diversas formas de organización social. Desde las formas más antiguas, muy distorsionadas por los prejuicios, pasando por los modos de las culturas comunitarias, hasta arribar a la explotación del capitalismo salvaje, es mucho lo que nos provoca para pensar. Sobre todo, y de ello nos ocuparemos sobre el final, con la mirada puesta en la posibilidad y la necesidad de una sociedad más justa en la que el trabajo pueda ejercerse con alegría y creatividad, devolviendo la dignidad del trabajador hace tanto tiempo perdida. Aunque esto pueda parecer delirante es necesario no perderlo de vista porque puede indicarnos nuevos caminos históricos para todo trabajador.

Reparar la historia de las formas sociales del trabajo nos permite revisar los condicionamientos culturales, políticos, económicos, institucionales que fueron moldando las relaciones entre el hombre y la naturaleza, el hombre con el hombre y del hombre con la trascendencia (de cualquier modo que se pueda entender a esta). Esas relaciones, a su vez, van configurando un modelo de hombre, dicho de otro modo una antropología entendida como disciplina que se propone comprender qué es lo humano y, dentro de ese concepto, lo más humano de lo humano. Equivale a decir, aquello que permite la plena realización del

hombre dentro de la cual el trabajo aporta la tarea transformadora de la naturaleza para su sustento y bienestar. Pero, al mismo tiempo que el hombre transforma el insumo en bien utilizable desarrolla su capacidad creadora que lo aproxima hacia el disfrute de la belleza. Todo ese proceso perfecciona al hombre y lo eleva hacia niveles de mayor humanidad.

De allí que el poder cuestionar los sistemas de producción que le impiden al hombre su realización nos permite analizar los condicionamientos que someten al trabajador, en el sentido más amplio de la palabra, al logro de sus mejores metas. Por ello, la existencia de las organizaciones de los trabajadores son el instrumento imprescindible para ir conquistando condiciones mejores que amplíen el marco social, cultural, económico y político en el camino de la liberación del trabajo como tarea opresora.

I.- Un pasado oculto: el trabajo comunitario y el paso a la dominación

Sosegao vivía en mi rancho / como el pájaro en su nido,
allí mis hijos queridos / iban creciendo a mi lado...
sólo queda al desgraciao / lamentar el bien perdido.

Martín Fierro

No es sencillo pensar desde estos tiempos que esto no siempre ha sido así, puesto que hoy los que explotan al trabajador no tienen límites en sus pretensiones de obtener la mayor ganancia posible. Aunque parezca un sueño o un delirio, es necesario recuperar algunas historias que nos permitan abrigar esperanzas de un tiempo mejor. Está tan divulgada la creencia de que el hombre fue durante milenios un animal salvaje que se debe hacer un gran esfuerzo para empezar a pensar que fue, en realidad, de otro modo. Poder superar ese prejuicio es un paso muy importante en el camino de hacerse una idea mucho más certera de cómo fue el origen del hombre y de las características de aquellos antecesores nuestros. Intentemos avanzar un poco.

Ya quedó dicho que el hombre vivió muchos milenios caminando de una zona a otra buscando el alimento. Durante toda esa época la organización social era muy simple: estaba compuesta por un número muy bajo, entre diez y quince individuos, como una forma de familia ampliada, que hacían campamento sólo, en situaciones necesarias como cuando las mujeres estaban por dar a luz. Permanecían allí hasta que los niños nacidos estaban en condiciones de caminar. Durante ese tiempo los hombres salían a conseguir carne roja, preferentemente, y la traían para consumirla con toda la banda. Se le llama banda y no tribu porque no tenían ninguna estructura de jerarquías, reinaba una igualdad total, tan sólo la sabiduría de los más viejos se reconocía como fuente de consejos. Veremos de inmediato cómo esta organización se pudo encontrar en tiempos recientes.

Un investigador, Marshall D. Sahlins, que estudió durante mucho tiempo este tipo de sociedades afirma que aquellos hombres vivieron en total armonía entre ellos, sin conflictos por el parentesco siendo la cooperación, y la solidaridad los modos comunes. En estos tiempos primitivos se llevó a cabo la reforma más grande de la historia, la superación de la naturaleza humana primitiva, y de este modo se aseguró el futuro evolutivo de la especie. Ante la carencia de estratos judiciales o de gobierno la pregunta que aparece es cómo se resolvía la conducta social. La horizontalidad de la banda y el igualitarismo imperante no impidió la presencia de algunos miembros, a los que se los distinguiera por ser los más ancianos o por sus cualidades personales, cuya experiencia y prudencia los habilitara para que su palabra fuera especialmente escuchada. Por regla general el castigo consistía en separarlos por algún tiempo de la banda o en la expulsión en casos muy graves, medidas que eran adoptadas en asambleas en la cual participaban todos por igual.

Dice otro importante investigador Elman R. Service, que sólo la capacidad de justicia de estas personas, reconocida por los demás otorgaba la autoridad pero ella era extremadamente informal y no suponía un rango superior. De modo que podemos decir que en aquellas sociedades los hombres más viejos se hallaban en posición de mayor autoridad pero que ello no otorgaba derecho a mando sobre el resto. Este ejercicio de la autoridad tenía como objetivo asegurar el cumplimiento de las pocas normas, sencillas y enseñadas a los niños, que se asentaban sobre las costumbres milenariamente establecidas. Las cosas se debían hacer de “un modo porque siempre se habían hecho así”.

No hay duda que estas descripciones sorprenden al hombre de hoy, pero es tan extendida su práctica y son tantas las pruebas en este sentido que aportan los investigadores, que hay que caer vencido ante la evidencia. Puesto que no quedan dudas respecto de que en distintos pueblos de diversos tiempos y lugares del planeta, el hombre se comportó de este modo durante periodos tan largos de tiempo. Entonces, si esto fue así, aparece el interrogante ¿qué hizo que se alteraran esas conductas? ¿por qué los hombres cambiaron su modo de ser y de relacionarse entre ellos? No es sencillo responder a estas preguntas. Sin embargo se puede intentar proponer algunas causas. Otro investigador, el profesor Marvin Harris, nos dice que las razones debemos buscarlas en una etapa y en un lugar en el cual comenzó el proceso de cambio que dio lugar a una sociedad de clases, con diferencias sociales.

Cuando los hombres de la Mesopotamia, por diversas razones, se asentaron y comenzaron el cultivo de la tierra aparece por primera vez la seguridad de alimento continuo que brindaba el cereal cosechado, seguridad que el cazador y recolector no tenía (comía cuando conseguía), hizo crecer la población y la mayor cantidad de personas alteró las tradicionales maneras de comportarse. Al crecer la densidad demográfica, también lo hizo la competencia dentro y entre asentamientos locales por el acceso y control del agua necesaria para el regadío. Las carencias de algunos elementos inexistentes en esa zona (madera, piedra, minerales) necesarios para construir se compensaron mediante el comercio intensivo con otras regiones. Esta complejidad de producción y comercio fue creando una clase de personas que se encargaron de reorganizar y controlar los sistemas de distribución de las cosechas de cereales.

La tarea de organizar la producción, distribución, comercio y defensa fue gradualmente asumida por una jerarquía político-religioso-militar, que formó el núcleo de las primeras burocracias estatales... Con el tiempo, se convirtieron en clases explotadoras cuyo poder despótico se asentaba en el control de una fuerza policial y militar. Nos encontramos, ahora, frente a una sociedad con clases sociales poderosas y dominantes, con clases intermedias integrantes de la burocracia estatal, y clases empobrecidas y explotadas, desnutridas y sometidas a un poder autoritario. Probablemente a partir del 4.000 antes de nuestra era el hombre aprendió a utilizar la fuerza del toro y la del viento, inventó el arado, el carro de ruedas, y el bote a vela. Logró conocer los secretos de las combinaciones químicas para el tratamiento de los metales y utilizó éstos en la elaboración de útiles y herramientas más dúctiles y apropiadas. El cobre, después el bronce y por último el hierro modificaron los métodos de producción, aliviaron al hombre en el uso de la fuerza física y multiplicaron los resultados.

Las diferenciaciones sociales basadas en las cualidades personales, con el correr de los siglos, se convirtieron en privilegios heredados. Podemos encontrar en estos mecanismos los orígenes de las castas sacerdotales, y más tarde las militares. Este tipo de educación sólo fue para una clase superior lo que acentuó las diferencias sociales y la división del trabajo social. Era necesario que muchos produjeran y garantizaran la alimentación de todos y sobre todo la de la clase dominante. Nos enfrentamos, entonces, a un cambio revolucionario dentro de la sociedad anterior. Estamos viendo el paso de una sociedad igualitaria a una sociedad de clases. Transformación profunda que inicia una nueva etapa en el proceso histórico del hombre.

Las sociedades igualitarias de las comunidades van dejando paso, paulatinamente y en distintos tiempos, a una sociedad claramente diferenciada, lo que nos indica la existencia paralela de diferentes modos de organización conviviendo en una misma época. La convivencia de estas diferentes sociedades está demostrada por la historia. Las sociedades de clases desarrollaron formaciones militares, desconocidas hasta entonces, especializadas en el arte de la guerra. Las guerras de conquista incorporaron territorios, armas, bienes y hombres vencidos convertidos en esclavos.

La sociedad tiene así asegurado su sustento y tiene reservas alimenticias. La especialización de la división del trabajo abre entonces una nueva rama: el trabajo intelectual (entendido éste como contrapuesto al trabajo manual). Este tipo de trabajo quedará en manos de las clases superiores. Dentro de la comuna igualitaria se iba avanzando en los métodos de trabajo haciendo más compleja la producción de bienes. Mayor fue la especialización: labradores y pastores, por ejemplo, o una especialización artesanal en la producción de herramientas y armas de caza. Pero ninguna de esas especializaciones produjo una diferenciación social que otorgara privilegios. En cambio la aparición de la especialidad intelectual sí lo hizo. Creó la clase que se apropió del Estado, sometió a las clases inferiores y las explotó en su beneficio.

Creo que con el análisis de los hechos históricos presentados y de la descripción del proceso de cambio que se fue produciendo hace unos diez mil años estamos en condiciones de comprender qué pasó, respondiendo a la pregunta que había quedado pendiente: ¿por qué el hombre comunitario se convirtió en un hombre egoísta... Una sociedad igualitaria, ante cambios tan profundos en la vida habitual de sus miembros, se vio envuelta en un proceso de diferenciación social que desató pasiones que no se habían manifestado durante cientos de miles de años. La fuerza de las normas tradicionales convertida en moral lo había impedido. Junto con la introducción de prácticas de poder en el seno de esa sociedad, por la que unos hombres dominaron y sometieron a otros, la mujer pasó a un segundo plano sometida al poder del varón. Nace la sociedad patriarcal.

II.- *La recuperación de la comunidad – El trabajo compartido*

Y apenas la madrugada / empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar / y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse / cada cual a trabajar.
Martín Fierro

Después de los siglos de sociedad esclavista, cuando Europa comenzaba a adquirir una cultura que la iba a consolidar como potencia mundial, poco antes se fueron formando en el occidente de este territorio una forma de organización social que se mantuvo a lo largo de unos seis siglos: la comuna aldeana. Vamos a aproximarnos a ella para descubrir una forma social que sorprende al confrontarla con la sociedad actual del capitalismo salvaje.

Si bien la experiencia comunitaria en el territorio señalado puede asombrar conviene que veamos antes las formas de vida, de trabajo, de relación de los hombres entre sí, que se encontraron en el resto del mundo durante los últimos diez siglos. Voy a reproducir algunas de las expresiones de investigadores que han estudiado en profundidad esas experiencias con el sólo propósito de reflexionar sobre las expresiones que pueden sorprendernos, sin detallar a quiénes pertenecen las citas para no extenderme demasiado, con el solo propósito de transmitir sus impresiones después de sus investigaciones:

La palabra dada es sagrada para ellos... Ignoran por completo la corrupción y la deslealtad de los europeos (...) Viven muy pacíficamente y raramente guerrear con sus vecinos (...) Están llenos de

dulzura y de benevolencia en sus relaciones mutuas (...) Uno de los más grandes placeres para los hotentotes es el cambio de regalos y servicios (...) Por su honestidad, por la celeridad y exactitud en el ejercicio de la justicia, por su castidad los hotentotes sobrepasan a todos, o casi todos los otros pueblos (...). Pero, la misma firmeza de la organización del clan demuestra hasta donde es falsa la opinión en virtud de la cual se representa a la humanidad primitiva en forma de una turba desordenada de individuos que obedecen sólo a sus propias pasiones y que se sirve cada uno de su propia fuerza personal y su astucia para imponerse a todos los otros. El individualismo desenfrenado es manifestación de tiempos más modernos, pero de ninguna manera era propia del hombre primitivo.

Entre los esquimales de pocos siglos atrás se han podido verificar algunas costumbres, convertidas en modalidades rituales, que demuestran el grado de conciencia social y la necesidad de pertenencia que tenían. Por ello eran evidente las aflicciones que mostraban por las dificultades que encontraban, al hacerse manifiestas socialmente algunas diferencias en posesiones, debidas al azar, de la caza o la pesca. Cuando las diferencias de bienes eran muy ostensibles se invitaban a los que menos tenían a un festín, en el que se consumía gran parte del excedente y el resto se repartía entre todos los presentes.

Este tipo de distribución de riquezas no es un evento extraordinario, por el contrario es común y se puede encontrar en distintas sociedades y en lugares distantes. Esto indica que es una fase de la evolución del género humano, cuando se ha superado el nivel de subsistencia, o es una vieja tradición que se arrastra de la proveniencia de un tronco común. En muchas culturas se ha observado que esta costumbre del reparto del excedente se convirtió, con el paso del tiempo, en una fiesta con fecha fija en el año, en la que cada uno aportaba su excedente y se realizaba una distribución comunal. El trabajo es, por lo general, compartido por distintos miembros de la tribu y su producción se reparte entre todos. Es habitual encontrar que en la distribución de los excedentes se guarda una parte para un fondo comunal, para familias necesitadas o para tiempo de escasez.

También acompañaba a estas costumbres, en una etapa posterior en que la comunidad se había asentado, una redistribución de tierras y campos de pastoreo dentro de la tribu, con el objeto de que no se beneficiaran sólo algunos con las mejores, en detrimento de los otros. Junto a la nueva repartición se efectuaba un perdón colectivo de las deudas contraídas. Todas estas descripciones nos hablan de modalidades sociales que se siguieron practicando hasta pocos siglos atrás en el área periférica a los imperios que dominaron el mundo. Hoy con la emergencia de los pueblos originarios de Suramérica podemos ver como todavía quedan rastros de esas culturas comunitarias.

Acerquémonos a las características de la comuna urbana europea que hemos mencionado. La descripción que hace el investigador ruso Pedro Kropotkin de la vida en las comunas medievales, en un libro que tituló "El Apoyo Mutuo" nos da una pintura de aquella forma social. Podemos, siguiendo a este autor, corroborar y profundizar lo que hemos venido viendo de esta forma institucional, revolucionaria para su época, cuyo estudio nos permitirá avanzar en importantes enseñanzas. Aunque pueda aparecer como demasiado insistente respecto de lo ya visto, no debe perderse de vista el acento que coloca en los aspectos solidarios de esta estructuración de la comuna aldeana. Decía Kropotkin respecto de la comuna medieval:

El objeto principal de la ciudad comunal era asegurar la libertad, la administración propia y la paz; la base principal de la vida de la ciudad era el trabajo. Pero la producción no absorbía toda la atención del economista medieval. Con su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el consumo para que la producción fuera posible; y por esto proveer a la necesidad común de alimento y habitación para pobres y ricos era el principio fundamental de la ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar productos alimenticios y otros artículos de primera necesidad antes de ser entregados al mercado, o a comprarlos en condiciones especialmente favorables, no accesibles a

todos, en una palabra, especular. Todo debía ir primeramente al mercado y allí ser ofrecido para que todos pudieran comprar hasta que sonara la campana y se anunciara el cierre. Sólo entonces podía el comerciante minorista comprar los saldos restantes: pero aún en este caso su beneficio debía ser un beneficio honesto... En una palabra, si la ciudad sufría necesidad, la sufrían entonces, más o menos, todos; dentro de sus muros nadie podía morir de hambre.

Nos han llegado documentos de la época que demuestran que en muchas ciudades se designaban funcionarios para la compra de lo que la ciudad no producía, y se ofrecía por igual a todos los comuneros (los habitantes de las comunas). Del mismo modo muchos gremios artesanales hacían compras comunitarias de sus materias primas, repartiendo las utilidades que el mejor precio les proporcionaba. El espíritu de la cristiandad se reflejaba en toda la actividad económica. El trabajo era considerado como un deber moral hacia el prójimo, ya que cumplía una función social. La idea de justicia con respecto a la ciudad, y la de honestidad con respecto al productor y al consumidor en sus intercambios, eran la regla de todas las relaciones sociales. Reinaba un espíritu tal en el orgullo por el trabajo bien hecho por cualquier artesano, que los defectos de fabricación avergonzaban a quien lo producía. Los defectos técnicos en las manufacturas afectaban el prestigio de toda la comuna, puesto que atentaban contra la confianza pública, por ello, como la producción era un compromiso social, quedaba bajo el control de la corporación del gremio la verificación de calidades, precios y modelos.

El profesor Jacques Le Goff corrobora lo afirmado para que no queden dudas respecto de la imagen medieval. Es rescatable, desde nuestra perspectiva, recuperar la existencia de formas orgánicas institucionales, de producción y distribución, así como de control, en las que se imponía el sentido de servicio, aunque no excluía la necesidad de producir beneficios. En la línea de lo que venía afirmando Kropotkin afirma más adelante:

Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales tanto más nos convencemos de que nunca el trabajo ha sido tan bien pago y ha gozado del respeto general como en la época en que la vida en las ciudades libres se hallaban en su punto de máximo desarrollo. Más aún. No sólo muchas de las aspiraciones de nuestros izquierdistas modernos habían sido ya realizadas en la Edad Media, sino que mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural.

Puede parecer ridículo, y hasta dar lugar a incredulidades, que alguien pretenda que el trabajo deba ser agradable y producir placer, que deba posibilitar la manifestación y realización de la persona humana. Sin embargo al leer la ordenanza de una pequeña ciudad medieval debemos aceptar lo dicho: «Cada uno debe hallar placer en su trabajo y nadie debe, pasando tiempo de holganza, apropiarse de lo que se ha producido con la aplicación y el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y el trabajo».

III.- *La corporación artesanal – origen de la organización del trabajo*

Tuve en mi pago en un tiempo / hijos, hacienda y mujer,
pero empecé a padecer / me echaron a la frontera,
¡Y que iba a hallar al volver / tan solo hallé la tapera.

Martín Fierro

La comuna aldeana que va desarrollando una actividad productiva y comercial va a recurrir a una forma institucional que preserve las buenas relaciones entre vecinos, las comerciales y productivas. La norma de no

engañar al consumidor es la base sobre la que se ha construido el ordenamiento social. En un principio el artesano comienza siendo un productor que trabaja bajo pedido en su domicilio. Trabaja materias primas por encargo de algún vecino de la aldea. Con el aumento de la población que va experimentando Europa se registra un aumento de la demanda, esto va a ir convirtiendo a ese artesano en un pequeño empresario con aprendices a su cargo. El aumento de la población queda expresado en este comentario de Jacques Le Goff:

La cristiandad aumenta aproximadamente en un tercio el número de bocas que hay que alimentar, cuerpos que hay que vestir, familias a las que hay que alojar, y almas que es preciso salvar. Necesita por tanto aumentar la producción agrícola, la fabricación de objetos de primera necesidad, en primer lugar los vestidos y la construcción de viviendas, y, antes que ninguna, aquellas en donde se realiza esencialmente la salvación de las almas: las iglesias. Las necesidades fundamentales de la cristiandad de los siglos XI y XII, las urgencias que debe satisfacer primeramente son el desarrollo agrícola, el progreso textil y el auge de la construcción.

Este desarrollo de los diferentes oficios, por una creciente división cada vez más especializada del trabajo, y la necesidad de defender las conquistas de ventajas obtenidas en el ejercicio de la profesión, lleva a la aparición de formas orgánicas para consolidar esa defensa. Aparecen así las corporaciones de gremios artesanales. Estas corporaciones de artesanos han adquirido un carácter profesional muy pronunciado: se encuentra en ellas reglamentación sobre métodos, aprendizaje impuesto, y prohíbe el monopolio. Les daba fuerza para la defensa común y tenía alcance de protección social. Ante todo la corporación era un colegio religioso, con dios y culto particulares.

Hay pruebas suficientes del carácter de familia, en su amplio sentido, que se verificaba en el deseo de compartir la “última morada” en común. Se puede afirmar, sin riesgos de error, la solidaridad que estas organizaciones desplegaban. El sociólogo francés Emile Durkheim afirma esta característica:

Los miembros se consideraban tanto como hermanos que era habitual entre ellos este tratamiento... Una prueba de la devoción que los colegas tenían por su organización son los legados y donaciones que le hacían. Incluso en las corporaciones obreras uno se asociaba ante todo por el placer de vivir en comunidad, por encontrar fuera de su casa distracciones a su fatiga y a sus tedios, para hacerse una intimidad más estrecha que la ciudad, pero menos que la familia, y hacerse la vida más fácil y agradable.

El cristianismo dio, sin lugar a dudas, una caracterización diferente a las corporaciones medievales, la sociedad era distinta, la ciudad era distinta, comparada con las instituciones actuales. Al carácter religioso específico agregó una finalidad de moral social, que de él se desprendía. Era común que comenzaran alrededor de una capilla o una parroquia y se las colocaba bajo la invocación de un santo que se convertía en su patrono. Se celebraban las festividades con un gran sentido fraternal terminando en grandes festines, llamativos por la solidaridad y la alegría, fiestas que, muchas veces, servían para la recolección de fondos para beneficencia. La finalidad moral de las organizaciones respecto del medio social puede apreciarse en sus reglas. Estas fijaban para cada oficio los deberes de los patronos y de los obreros, así como los deberes de los patronos entre sí. Hay, es cierto, reglamentos que pueden no estar de acuerdo con nuestras ideas actuales; pero debe juzgarse con la moral del tiempo, ya que es a ésta a quien expresa. Lo que es indiscutible que están todos inspirados por la preocupación, no de tales o cuales intereses individuales, sino del interés corporativo, bien o mal entendido, eso no importa.

Los artesanos trabajaban, al principio, casi exclusivamente para el mercado local, manteniendo un muy bajo nivel de producción. Produciendo manufacturas que estaban previamente vendidas. Esta producción estaba calculada por las necesidades conocidas y expresadas, no había peligro de saturar el mercado, ni entrar en competencia de precios para obtener la elección del cliente. Los precios estaban establecidos por la

corporación. Pero, poco a poco, esta demanda comienza a incrementarse, el comercio se va extendiendo a otras comarcas y el pequeño taller familiar se va a ir convirtiendo en un taller de mayores dimensiones. El trabajo que se comenzaba y concluía en un solo taller va a ir dividiendo tareas con otros talleres, especializándose en la fabricación de partes, que luego serían ensambladas en algún otro taller. La división del trabajo comienza a establecer la especialización en cada taller. Se manufacturan partes del producto final.

Esta organización no era sólo de carácter profesional, respondía a necesidades más amplias de sus miembros. Como ya quedó dicho, en las corporaciones de artesanos se celebraban fiestas en las que se reconocían las habilidades especiales y el trabajo bien hecho. El producto del trabajo tenía una estrecha relación con el productor. Esta manera de entender el trabajo va a quedar de lado, no mucho tiempo después, con la producción en gran escala que exigen los mercados de ultramar. Es probable como sostienen otros autores que estos cambios fueran en realidad la consecuencia de ese proceso, como afirma, por ejemplo Amintore Fanfani «...los orígenes de la dirección individualista en materia económica se remontan a las primeras manifestaciones del espíritu renacentista y por consiguiente se habían revelado en un mundo que no había sufrido todavía las predicaciones protestantes». Pero, con o sin ellas, es fácil advertir que la conciencia social ha dado un paso tan grande que desmorona tradiciones muy arraigadas y posibilita un proceso de magnitud.

La solidaridad artesana

La subordinación del interés particular al interés general conlleva siempre una moral solidaria, un sentido de la corresponsabilidad, un sentimiento de solidaridad, pues implica el sacrificio del deseo propio en pos de la satisfacción del conjunto. Esto se ve en general en todas las corporaciones de artesanos y comerciantes prueba de ello es que, como afirma Durkheim:

Estos reglamentos sobre los aprendices y obreros están lejos de ser desdeñables para el historiador y el economista. No son la obra de los siglos “bárbaros”. Llevan el sello de una perseverancia y de un cierto buen sentido que son, sin duda, dignos de ser señalados.

Por otra parte existían reglamentaciones que regulaban y castigaban con suma severidad las desviaciones a la probidad profesional, que cuidaban la calidad y el precio para evitar cualquier engaño al comprador. Todo lo dicho es suficiente para probar el carácter moral que presidía la actividad profesional, la producción y el comercio. Este tipo de sociedad tenía una huella que marcaba sus conductas, era el carácter religioso de sus instituciones, de allí el tono moral de sus reglamentaciones. Cuando la ciudad medieval se desprende del dominio feudal se constituyen las comunas, dentro de las cuales las corporaciones profesionales van a desempeñar un papel político-institucional importante; los cuerpos de oficio que tanto habían hecho por el logro de esa independencia se fueron convirtiendo en la base de su estructura política.

Mientras las corporaciones funcionaron independientemente y, a su vez, las comunas también lo hicieron, la solidaridad y la fraternidad fueron ingredientes de la vida cotidiana; fueron parte del patrimonio cultural que las ciudades defendían contra la centralización monárquica. Mientras los mercaderes tuvieron como clientes, más o menos exclusivamente, a los habitantes de las ciudades y sus alrededores se mantuvo el espíritu ya visto. En tanto el mercado fue local los cuerpos de oficio y la organización municipal bastaron para controlar y satisfacer la transparencia de las conductas. Pero la extensión del comercio a zonas cada vez mayores (la conquista colonial del mundo) y distantes requirieron producciones cada vez más grandes, el taller artesanal no alcanzó para cubrir esa demanda, algunas concibieron flexiblemente las reglas a fin de acomodarse a la nueva situación, en otros casos, algunos talleres se agrandaron fracturando la reglamentaciones sobre tipos de productos y cantidades; se resquebrajó el espíritu gremial.

No todos aceptaron las innovaciones; aparece un personaje nuevo intermediario, combatido antes por la reglamentación comunal, el mercader, que manda a producir por su cuenta y que define el qué y el cómo, que hasta entonces era resorte de la organización artesanal. Como consecuencia de esto algunos talleres crecieron desproporcionadamente y otros desaparecieron. La gran industria comienza a hacer sentir su presencia, desligada de los intereses comunales, su ámbito es más amplio y ambicioso; la conquista colonial ha extendido este espacio considerablemente. La producción pensada en una escala mayor se va asentar allí donde la favorezca la mano de obra abundante y barata, y la provisión de materias primas esté asegurada en las cantidades demandadas. La potencialidad industrial y comercial comienza a mostrar una agresividad no conocida hasta entonces, debía entrar en conflicto necesariamente con la estructura de las corporaciones, y así fue.

IV.- *La sociedad industrial y los trabajadores*

Del sueldo nada les cuento, / porque andaba disparando;
nosotros de cuando en cuando / solíamos ladrar de pobres:
nunca llegaban los cobres / que se estaban aguardando.
Martín Fierro

El trabajo es cosa buena, es lo mejor de la vida
pero la vida es perdida trabajando en campo ajeno
unos trabajan de trueno, y es para otros la llovida
Atahualpa Yupanqui

El proceso que hemos visto encuentra un quiebre en la Europa moderna que comienza a consolidar su modo capitalista de producir. Desde el siglo XVII y comienzos del XVIII se han desatado todas las fuerzas del capitalismo mercantil y comienzan a establecerse las del capitalismo industrial. El “espíritu capitalista” se impone: sea la “preponderancia del mercado en la fijación de precios”, la “eficiencia y la racionalidad administrativa”, la “tecnología industrial” o la extracción de “plusvalía”. Todas estas dimensiones de la sociedad moderna están ahora en pleno desarrollo potenciadas por las riquezas que se van saqueando de los territorios coloniales. Agreguemos que este cambio no se produjo de igual modo en todas partes, la sincronía y los ritmos no se han dado nunca simultáneamente en los cambios históricos. Siempre puede verificarse la convivencia de órdenes sociales dispares y superpuestos.

Comencemos haciendo una referencia simple para definir esa sociedad: “la sociedad industrial es aquella donde la industria, la gran industria, es la forma de producción más característica”. Veamos las líneas generales que presentó en la experiencia histórica de los países centrales. La sociedad industrial separa el ámbito de la familia, como se veía en el taller artesanal, del lugar donde se produce industrialmente en la empresa, aunque esto no sea una necesidad imprescindible. Introduce un modo original de división del trabajo que va mucho más allá de la división tradicional entre trabajo artesanal y agrícola, ahora esta división se desarrolla en el seno mismo de la empresa, adquiere un carácter tecnológico: especialidades profesionales, diversidad de categorías. Este tipo de empresa industrial supone una acumulación previa de capital de dimensiones desconocidas hasta entonces, y requiere que éste se renueve y se acumule. Esta dimensión del capital debe ser manejada mediante el “cálculo racional”, a fin de obtener el máximo rendimiento sobre la base de los menores costos posibles, lo que dará lugar a un menor precio de origen que se colocará en el mercado con utilidades.

La circulación comercial en constante desarrollo será la base de una acumulación creciente. Este modo de plantear la producción debe someterse a lo que los economistas denominan el “cálculo económico”. Este cálculo económico no debe ser confundido con el cálculo técnico, que debe subordinarse siempre al primero (no todas las técnicas serán aplicadas, sólo aquellas que ofrezcan el máximo beneficio). El cálculo económico es el que va a orientar las inversiones del capital en la búsqueda de la mayor rentabilidad posible.

Otra característica que la empresa industrial exige dentro de este esquema es la existencia de mano de obra libre desocupada en cantidades importantes. Esta mano de obra debe estar siempre por encima de las cantidades necesarias para producir (desocupación), y estar siempre disponible para su utilización. Esta situación comenzará a dar como resultado la concentración de la propiedad de los medios de producción en pocas manos, por lo que, a su vez, da lugar a la necesidad de garantizar la propiedad privada ante cualquier cuestionamiento. Después de este planteo de las características proponemos una definición posible de capitalismo.

Habiendo ubicado el esquema general rescatemos los rasgos relevantes con los cuales se puede identificar la sociedad industrial capitalista: 1) Los medios de producción son objeto de apropiación individual; 2) la regulación de la economía está descentralizada, o sea que el equilibrio entre producción y consumo no se establece de una vez por todas por decisión planificada, sino progresivamente, por tanteos de mercado; 3) los empresarios y empleados están separados unos de otros, de tal modo que estos últimos no disponen más que de su fuerza de trabajo y los primeros son propietarios de los instrumentos de producción, en la relación denominada asalariado; 4) el móvil predominante es la búsqueda de beneficio; 5) dado que la distribución de los recursos no está planificada, existe una fluctuación en los precios en cada mercado parcial e incluso en el conjunto de la economía, lo que se denomina en un lenguaje no compartido por los especialistas: “anarquía capitalista”. Puesto que la regulación no está planificada ni centralizada, es inevitable que los precios de los productos oscilen sobre el mercado en función de la oferta y la demanda y que en consecuencia, periódicamente, se produzca lo que denomina crisis, regulares o no.

Con referencia a la propiedad individual debe señalarse que la existencia de una apropiación individual tiene como consecuencia la desigualdad entre los hombres. Ésta se manifiesta de dos maneras: una tiene como consecuencia la desigualdad en las retribuciones por tareas iguales o diferentes, haciéndose cargo de que las que mayor esfuerzo físico reclaman son las peores pagas, y que la escala asciende en relación inversa a ese tipo de esfuerzos. Esta desigualdad se dice opera como incentivo de la productividad, la responsabilidad, la capacidad, etc. Las sociedades industriales avanzadas han ido paulatinamente acercando los extremos del abanico de retribuciones hasta la década de los años setenta. A partir de allí ha habido una clara tendencia al retroceso en perjuicio del trabajador. La otra forma de desigualdad parece más difícil de ser defendida, es la que emerge de la propiedad sobre los instrumentos de producción, “la desigualdad en la distribución del capital”. Y es una desigualdad más injusta porque coloca a los hombres en puntos de partida diferentes para enfrentar la competencia, y ello no es atribuible a sus méritos. Este aspecto es estructural a las condiciones del sistema y aparece como inmodificable dentro de él.

Todo sistema que deja a los individuos la propiedad sobre los medios de producción y que exige la competencia entre ellos, con vistas al máximo beneficio, forzosamente tiene que tolerar una desigualdad importante de capital y después de los ingresos como resultado. Pero esa desigualdad, en la retribución, no es vista como injusta si está basada en las distintas capacidades o habilidades. Sin embargo, cuando las desigualdades se derivan de la posesión o no de un capital, sin preguntar cómo se ha obtenido, coloca un punto de partida desigual sin ningún mérito previo. De este modo los menos capacitados con capital están en una ventaja relativa muy grande, respecto de aquellos más habilidosos o preparados pero sin capital.

Hay que añadir que la desigualdad de riquezas en la sociedad capitalista entraña ciertas consecuencias susceptibles de ser condenadas en cuanto tales. Ante todo la concentración de fortunas permite a una pequeña fracción de la población vivir sin trabajar. Es lícito protestar por una desigualdad que aparenta no serlo o que no está fundada sobre el trabajo, y porque se acepte una desigualdad justificada, al menos en apariencia, por las funciones prestadas. En segundo lugar, un sistema de concentración de fortunas implica cierta transmisión de éstas y es justo pensar que la desigualdad a suprimir no es tanto la de los ingresos cuanto la desigualdad de punto de partida.

Por lo tanto, un sistema como el capitalista no puede eliminar las diferencias, y por el contrario las incentiva y las acrecienta porque “por su naturaleza lleva en sí la desigualdad, dado que es conforme a la esencia de un régimen fundado sobre la actividad individual”. La conclusión mínima que debe extraerse de estas consideraciones, es que el problema de la desigualdad no se puede zanjar por un sí o por un no, por bueno o por malo. Se argumenta que una desigualdad es propiamente indispensable en todas las sociedades conocidas como incitación a la producción, existe una desigualdad que es, probablemente, necesaria como condición de la cultura a fin de asegurar a una minoría la posibilidad de consagrarse a actividades superiores, lo que no deja de ser cruel para quienes se encuentran del lado malo de la barrera. Finalmente la desigualdad, aunque se trate de la propiedad, cabe ser considerada como la condición de un mínimo de independencia del individuo respecto de la colectividad.

El otro tema relevante que hay que señalar es el de la “anarquía capitalista”, que sería la consecuencia de un mercado libre, de oferta y demanda no planificada, y que arrastra el peligro de caer en crisis de superproducción, aunque con mayor propiedad habría que hablar de crisis de demanda, cuya acumulación pondría en riesgo la continuidad del “mercado”. Las últimas décadas han dado pruebas más que suficientes al respecto. La más importante fue la “Gran Crisis” de 1929, y que han sido resueltas por distintas metodologías. Después de varias crisis la de 2007-08 de carácter financiero empieza a mostrar la ineficiencia estructural del sistema.

Pero hay otro aspecto de estas irregularidades del mercado que no puede desconocerse, la existencia de una sobreoferta de mano de obra permanente (desocupación estructural). Esta sobreoferta es necesaria para aumentar la rentabilidad empresarial. Por ello la necesidad de las organizaciones sindicales aparece como la forma institucional en la que puede desarrollarse la defensa de los trabajadores.

V.- Los sindicatos son indispensables para la defensa del trabajador

Pero si el canto es protesta / contra la ley del patrón,
se arrastra de peón a peón / en un profundo murmullo,
y marcha al ras de los tuyos / como chasque en un malón.
Pero si uno, como Fierro, / por ahí se larga opinando,
el pobre se va acercando / con las orejas alertas,
y el rico vicha la puerta / y se aleja reculando.
Atahualpa Yupanqui

Desde el punto de vista de un patrón, los sindicatos son organizaciones no queridas. Estar sindicalizado es mala palabra. Aunque saben que no son necesariamente algo negativo para su negocio. Su peor pesadilla, obviamente, es que sus trabajadores se organicen. En la actualidad, la sociedad en su mayoría desconfía de la actuación de los sindicatos como defensores de los intereses de los trabajadores y tienen dudas sobre la libertad interna en los gremios. Sobre esto pesa la condena de los medios. A pesar de sus falencias, una

buena parte de los sindicalizados considera aún que son democráticos y que se necesita de los gremios para defender sus derechos.

En momentos difíciles, como los que se vivieron en las últimas décadas, los sindicatos fueron alternativas compactas con propuestas para salir de las diferentes crisis y que se articularon a raja tabla en la protección a las personas. El impulso a la actividad económica, con inversiones en infraestructuras, sanidad, educación y dependencia laboral fueron alternativas válidas para el trabajador. No es cierto lo que siempre nos quieren hacer creer, que el mejor sindicalista es el muerto. Los sindicatos han encabezado las batallas más importantes en la historia moderna para lograr que las riquezas generadas en gran parte por el trabajador le beneficien a él también. Y que su voz se escuche y se respete, no sea una simple herramienta de los dueños del poder económico y político.

Los sindicatos son indispensables en una democracia porque como representantes auténticos del trabajador son interlocutores valiosos en las discusiones y en las decisiones para un mejor futuro. Los gremios surgieron en Europa durante la Baja Edad Media. Sus fines tuvieron esencialmente un carácter económico y social, que consistía en controlar la oferta y los precios de los productos que manufacturaban. Regulaban la actividad laboral, la formación y aprendizaje de sus asociados. A lo largo del siglo XVIII, los gremios de carácter feudal, ya muy debilitados, fueron desapareciendo, siendo sustituidos por la iniciativa privada, la libertad de industria y comercios propios del capitalismo. El trabajo infantil, la total desprotección de éstos frente a los abusos de los capitalistas con prolongadas jornadas de trabajo, mujeres mal remuneradas, fábricas insalubres, hacinamiento, despidos sin indemnización, miseria, y otras injusticias sociales, los empujó a organizarse en asociaciones para protegerse en caso de enfermedad, paro o inactividad huelguística.

A finales del siglo XVIII, en Inglaterra, nacieron las primeras asociaciones de trabajadores, las llamadas sociedades de ayuda mutua o "socorro mutuo". Su objetivo era la unión de los obreros para conseguir mejoras laborales y salariales resistiendo las adversidades como la enfermedad o el desempleo. En nuestro país, el Virrey Juan José Vértiz, en el año 1780, intimó a los artesanos de Buenos Aires a constituirse en gremios. Fue ese un lejano comienzo. En 1877 se creó la estructura gremial moderna, la Asociación Tipográfica Bonaerense, que al año siguiente realiza una huelga por la reducción de salarios que afectaba a sus afiliados y que, con el triunfo de sus trabajadores, marcó la celebración del primer convenio colectivo de trabajo.

Hipólito Yrigoyen, asumió la presidencia en 1916, representó un frente de clases con la presencia de peones, artesanos, pequeños industriales, pequeños ganaderos, militares y grupos médicos, y fue el primer intento de limpiar el poder de la oligarquía. Yrigoyen, se vio sometido a una serie de vaivenes que hacían de su política general una línea vacilante soportando la oligarquía de su propio partido. Por tal razón trajo como consecuencia, la semana trágica en 1919 y la masacre de obreros en Santa Cruz en 1921/1922. A partir de 1946 se consolida la estructura sindical que dará base firme a las organizaciones hasta hoy.

La institución sindical forjada en duras luchas deberá comenzar una etapa de reflexión y reorganización apuntando a mejorar su representación. Esto dará lugar a una consolidación política, social, económica y cultural. Este proceso se irá ganando el reconocimiento de más trabajadores y fortalecerá su tarea. Todo ello es imprescindible para enfrentar esta etapa de globalización en la que el capital ha mostrado su peor cara.

VI.- *Sindicatos frente a la voracidad del capital*

Aquí no valen doctores, sólo vale la experiencia;
aquí verían su inocencia esos que todo lo saben,
porque esto tiene otra llave y el gaucho tiene su cencia.

Martín Fierro

La sociedad industrial ofreció la forma de trabajo asalariado como un modo de retribuir por el trabajo. En los dos últimos siglos fue esta modalidad la que modeló la vida del trabajador. Conseguir un trabajo, poder progresar en él, mejorar los ingresos, fue la base de la vida para muchos hombres y mujeres. Esto se convirtió en un proyecto dentro del cual se fue desarrollando la esperanza de cada familia.

Después de las dos Grandes Guerras, se vivió una etapa prometedora de la cual se podía esperar una vida aceptable y confortable para una gran parte de la población. Esta etapa fue conocida como el Estado de Bienestar, en la que había una política de regulación que aseguraba una distribución de la riqueza tendiendo a un reparto del 50 % para el capital y 50% para el trabajo. Además el Estado aseguraba servicios como la salud, la educación, la cultura, el descanso anual, la jubilación, etc. Durante esos años en nuestro país la clase trabajadora, organizada en sus sindicatos, encontró asegurada la defensa de sus derechos. Si bien esto tuvo sus interrupciones la idea había ganado legitimidad en los trabajadores.

Pero, a partir de fines de la década de los setenta comenzaron los dueños del capital a avanzar en la pretensión de recuperar posiciones perdidas durante las décadas anteriores. Los golpes militares apuntaron con toda claridad al desmantelamiento de las organizaciones sindicales y a la derogación de las leyes laborales que protegían el trabajo. Paralelamente a este proceso se iba desarrollando en el mundo un salto muy importante en los modos de producción acicateados por una competencia muy intensa entre las grandes empresas multinacionales. Lo que empujó a un mejoramiento de las tecnologías de producción.

El sistema capitalista, tal cual se había estructurado hasta esos años comienza a apuntar hacia el logro de tres conceptos: la eficiencia en la productividad, la mejora de la calidad del producto, y la reducción de los costos. Nos encontramos aquí con tres objetivos en los que la mano de obra humana se enfrenta con la competencia de la tecnología que comienza a reemplazarla. Entonces las grandes empresas comienzan a mirar a un rival imbatible: el robot. Éste puede lograr el mejor funcionamiento y el mayor rendimiento, tanto en la cantidad producida como en su calidad y todo ello a un menor costo. Aparece así la desocupación estructural.

A este proceso de cambio se lo conoció como la Tercera Revolución Industrial caracterizada por el entrelazamiento de lo económico con lo tecnológico-informático que da lugar a un nuevo paradigma: el tecno-económico. Una de cuyas consecuencias comienza a darse en el cambio de la dimensión de las estructuras empresariales. El modelo de las grandes fábricas es reemplazado por organizaciones más pequeñas y más funcionales, aunque el control administrativo y ejecutivo esté en las mismas manos.

Es evidente que la paulatina aparición de los sistemas computarizados alteró el modelo empresarial. Paralelamente trajo como consecuencia una mayor inversión en tecnología y así se pudo ver el comienzo de la concentración económica feroz. Las pequeñas y medianas empresas no están en condiciones de afrontar inversiones para ese tipo. Esto nos lleva a pensar en la ambivalencia de este proceso que impide y posibilita al mismo tiempo proyectos alternativos a los grandes sistemas de producción. Aunque el resultado hasta ahora no parece ser beneficiosos para el trabajador, es necesario tomar conciencia de cómo se desenvuelve este proceso para ir preparando respuestas futuras acordes a las necesidades de todos.

En el mundo capitalista la investigación va quedando cada vez más en manos de las grandes empresas. Esto representa un gran peligro, puesto que se investigará sólo lo que de mayor ganancia para el capital. Las

organizaciones sindicales deberán asociarse a las universidades y centros oficiales de investigación para aportar otra mirada sobre lo que se debe producir y cómo hacerlo.

El aumento de la desocupación está ligado estrechamente a este fenómeno tecnológico. En el mundo globalizado también se está exportando la desocupación hacia la periferia y esto exige políticas claras de defensa del trabajo nacional. Para dar un ejemplo de la sustitución de mano de obra por tecnología mencionada, podemos leer estas cifras comparativas que hablan en ese sentido: en los Estados Unidos, en la década del sesenta, cada millón de dólares de inversión industrial generaba entre cuarenta y cincuenta puestos de trabajo, la misma inversión en 1994 produjo la creación un cuarto de puesto de trabajo. Es decir que se requería cuatro millones para generar un puesto de trabajo. En treinta y cinco años el sistema exige una inversión doscientas veces mayor para demandar la misma cantidad de trabajadores. Un especialista de los EEUU, Jeremy Rifkin, dice:

Efectivamente, mediante la eliminación directa del trabajo humano del proceso de producción y mediante la creación de un ejército en la reserva formado por desempleados cuyos salarios podrían ser constantes y permanentemente reducidos, los capitalistas podían estar inconscientemente cavando su propia tumba, puesto que serían cada vez menos los consumidores con suficiente nivel adquisitivo para comprar sus productos.

VII.- *El problema de un mundo sin trabajo*

Yo no soy cantor letrado, mas si me pongo a cantar,
no tengo cuándo acabar y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando como agua de manantial.

Martín Fierro

Desde la posguerra mundial analistas e investigadores importantes comenzaron a vislumbrar el cambio que se había comenzado a producir en los modos de producción industrial del capitalismo. La prioridad exclusiva de la producción, la obtención de ganancias, extremaron los “mejores intentos” de los capitalistas apuntando a la obtención de la baja de los costos. Y esto tenía como objetivo la rebaja del costo salarial o la eliminación de puestos de trabajo. A esto se lo denominó, con mucha hipocresía, la re-ingeniería de las empresas. Como vimos en el apartado anterior, la tecnología se convirtió en el instrumento ideal de este proceso. De allí que André Gorz, especialista en la problemática del trabajo, manifestara: “El trabajo tenderá a ser un bien cada vez más escaso en el futuro” y no parece haber errado en su advertencia.

Una combinación de dos procesos paralelos, y no contradictorios, se fueron desarrollando a partir de la década de los ochenta: “el derrumbe de nuestro conocido sistema laboral bajo el impulso combinado del avance tecnológico y el predominio del capital especulativo en la economía”. Un mundo sin trabajadores es un mundo sin conflictos, mirado desde los ojos del capitalista. Si bien esto no es conseguible no por ello debemos desentendernos de esta problemática que está avanzando sigilosamente y que no se detiene. Ante esto se pueden oír voces que prometen resolverlo con la obtención de una mayor inversión empresarial. Esto es cierto, en parte, para el tiempo presente y el futuro inmediato, pero a nivel global el “inversor” va exigiendo las mejores condiciones de renta posible y se va a ir dirigiendo hacia las regiones que se las ofrezcan.

Hace un año se reunió en Francia, organizada por el Ministerio Francés del Empleo y la Solidaridad y el Instituto Internacional de Estudios Laborales de la OIT, una conferencia de expertos de alto nivel procedentes de diversos países. Su propósito era analizar los cambios observados en los campos de

competencia de cada uno de los asistentes, predecir las futuras tendencias, elaborar propuestas encaminadas a orientar los aspectos sociales y económicos y formular políticas destinadas a abordar los retos de la globalización y de la transformación tecnológica.

Podríamos decir: “cuando veas a tu vecino afeitarse, pon tus barbas a remojar”. En esas reuniones se expusieron algunas líneas que no debemos ignorar: «puesto que la globalización y la transformación tecnológica parecen irreversibles, las instituciones y las políticas pueden modificarse con el fin de promover la prosperidad económica, la flexibilidad y la seguridad en los ajustes de la economía, así como un grado de igualdad que garantice la cohesión social». Queda expresada la misma y única preocupación de siempre por asegurar la prosperidad de la “economía”. Es decir, se muestran preocupados por los problemas que el sistema de libre mercado, más la tecnología y la especulación financiera han provocado, pero se privilegia garantizar “la cohesión social”, entendida como evitar el conflicto con los trabajadores que son las verdaderas víctimas de estos procesos. Estabilidad y seguridad de la renta, el resto no es importante.

Observando este panorama, Ulrich Beck, sociólogo alemán, expresaba:

Se puede decir que estamos contemplando el final de la sociedad de pleno empleo en el sentido clásico y que fuera inscripto como principio básico de la política tras la segunda guerra mundial en las constituciones de las sociedades europeas... El principio hasta ahora válido de que la ocupación se basaba en una seguridad relativa y en una previsibilidad a largo plazo pertenece al pasado.

Debe entenderse esto como una tendencia que irá avanzando y no como un resultado inmediato, aunque se debe estar advertido y preparado para ello. Aquí, otra vez, las organizaciones sindicales son fundamentales. Pero, por el momento, como nos avisa André Gorz:

Las grandes empresas preferirán concentrar el trabajo en unos pocos convirtiéndolos, en una pequeña élite, en lugar de repartirlo entre una mayor cantidad de empleados no porque estos tengan aptitudes superiores a las de los demás sino porque es económicamente más ventajoso y genera en los asalariados una sensación de privilegio y de pertenencia que elimina el antagonismo capital-trabajo, al tiempo que amenaza con inseguridad laboral... y cuanto menos trabajo haya para todos más tiende a aumentar la dureza del trabajo para cada uno.

Y, agreguemos, más bajo es el nivel de remuneraciones por la competencia de los desocupados. También a los ocupados se les exigirá trabajar más horas y, en el mejor de los casos, para aumentar sus ingresos.

Se está extendiendo a nivel global, en la medida en que les es posible, la tendencia a “tercerizar” la mayor cantidad de trabajos a través de contratos transitorios, con prestatarios de servicios independientes a quienes no les cubren los derechos laborales, ni sociales y que están expuestos a los avatares coyunturales y comerciales del momento. Muchas empresas, a nivel global, imponen como condición de ingreso no estar afiliado a los sindicatos. Es una medida que debería ser rechazada por la ley: asegurar la libertad de sindicalización para todos.

Ante estas tendencias internacionales se torna imprescindible la presencia del Estado en la regulación del mercado de trabajo. Paralelamente a ello, se debe luchar por aumentar la participación de los trabajadores en los ámbitos legislativos y en los centros de decisión de las políticas laborales, económicas y sociales. No se puede dejar en manos de políticos, con poco compromiso con los trabajadores, tareas de tanta importancia como el trabajo, la remuneración, las condiciones de trabajo, los beneficios sociales, etc. En este sentido la participación de los trabajadores en el seno de sus organizaciones sindicales consolidará esta tendencia. Al mismo tiempo la formación de dirigentes tendrá un peso decisivo por la necesidad de un conocimiento específico en los temas que se debaten y se seguirán debatiendo. La complejidad del mundo que se va configurando exige conocimientos cada vez más sólidos y especializados. En este terreno las organizaciones

sindicales deben asegurarse el asesoramiento de profesionales consubstanciados con los intereses de los trabajadores.

Debemos detenernos acá en repensar una deformación cultural que se ha acentuado en estas últimas décadas, sobre todo después de la dictadura. La opinión que ha ganado una proporción lamentable de nuestra población acerca del sindicalismo y de los dirigentes sindicales. El título de una vieja película parece que ha caído sobre ellos: “Feos, sucios y malos”. Esa es la imagen que se construyó, sin distinción de edades, especialidades, responsabilidades políticas, etc., con una participación muy importante de los medios de comunicación, logró que cayera un manto de sospecha sobre todo lo referente al sindicalismo. Consultados algunos dirigentes manifestaron: «Sobre los que participamos en negociaciones salariales y por mejores condiciones de trabajo, pesa todo tipo de prejuicios. Esa imagen vergonzante se profundizó con la última dictadura y se terminó de perfeccionar durante los años noventa».

Siguen diciendo respecto de esa época:

Estas ideas son que más les gustaron imponer a buena parte de los empresarios y sus aliados: el gremio se convirtió en mala palabra, se hizo tabla rasa en industrias y empresas, y los derechos laborales fueron ninguneados primero y olvidados después. Ese proceso es el que intentan desandar varios gremios que sintieron, en carne propia, la necesidad de formar a sus cuadros sindicales, no sólo para el enfrentamiento sino también para la negociación. Cuando éramos jóvenes, en el barrio dónde vivíamos todos sabían que éramos delegados y eso era un orgullo. Hoy hay compañeros que no se lo cuentan ni a su mujer. Hubo un discurso muy fuerte, durante muchos años, de que somos todos malos. La definición explica la política de destrucción sindical que comenzó con la última dictadura y no se detuvo. En el medio, pasaron gobiernos socialdemócratas y neoliberales que ayudaron que los jóvenes tengan una posición antisindical, individualista. Hoy comienza una nueva etapa.

Se puede ver en estas afirmaciones el resultado de una cultura que se adueñó de la conciencia de parte de las nuevas generaciones. «En los '90 el individualismo era muy fuerte y la falta de formación se apoyó en eso. Hubo un bache en el sindicalismo de muchos años, donde la formación se olvidó. Había otras prioridades, pero los más jóvenes pedíamos formación. Hoy lo incorporamos como política del sindicato». Es necesario volver a subrayar el peso que tiene la formación para entusiasmar y generar sentido de pertenencia. Esa idea de “no meterse” no sólo estaba atada a la opinión sobre los sindicatos y sus integrantes, también tenía una razón más concreta y cercana: presentar a los contratos temporarios como una práctica natural y común a la mayoría de las empresas. Esa política se complementó ajustadamente con las “pasantías” renovables.

La falta de formación para retomar las negociaciones salariales que se intensificaron después de aquella crisis cruzó a todos los gremios.

En 1997 hacíamos cursos pero no había regularidad. Siempre había prioridades más urgentes y los compañeros se formaban en la lucha. Pero ahora, regularizamos la formación de cuadros y se formaron muchos compañeros, desde delegados de base hasta la Comisión Directiva. Los compañeros tenían distintas falencias, pero centralmente estaba la imposibilidad de discutir de igual a igual con las otras partes de la negociación sindical. Es difícil establecer una discusión en medio de una lucha con gente que viene mejor preparada. Hay muchos grises que hay que saber manejar. Los cursos de negociación permitieron aprender ocho o nueve técnicas de negociación.

Creo que quedan claras las necesidades de esta época, la formación de los trabajadores para la defensa de su trabajo.

VIII.- *Para pensar un mundo mejor*

Y deajo rodar la bola, que algún día se ha de parar...
tiene el gaucho que aguantar hasta que lo trague el hoyo,
o hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar.

Martín Fierro

Este último capítulo debemos dedicarlo a un tema nada sencillo hoy: pensar hacia el futuro como un mundo mejor al de hoy. Como inicio del camino, hay muchas cosas para revisar en nuestras ideas: para empezar tenemos que poder comprender el escepticismo reinante hoy, su origen, sus causas, sus consecuencias y, sobre todo, a quiénes beneficia. El mundo social actual es el resultado de una larga historia, que ha pasado por diferentes etapas, con sus avances y sus retrocesos. Esto nos debe remitir a tomar conciencia de que las relaciones entre los dueños del capital y los trabajadores también tienen su historia y que hoy podemos mostrar una larga serie de conquistas que han sido el resultado de las luchas de los compañeros que vivieron antes que nosotros. La historia es un escenario de conflictos y de luchas por su resolución. No siempre fueron positivas, pero el balance de la historia muestra que, con dificultades y pérdidas, es mucho lo que se ha avanzado en estos tres siglos de sociedad industrial capitalista.

En el capítulo V hemos visto el comienzo de las luchas por las reivindicaciones obreras, reducción de la jornada de trabajo, descanso dominical, mejoras salariales, etc., que fueron avanzando en el siglo XX en el cual las organizaciones de los trabajadores ya se presentaron como un factor de poder en las negociaciones. Además partidos políticos que representaban sus intereses fueron arrancándole al capitalismo las leyes laborales. No se puede negar que a partir del período que va desde la década de los setenta hasta los noventa parte de todo ello se fue perdiendo. Sin embargo la comparación de largos períodos históricos nos permite apreciar un saldo positivo. Ello nos impone levantar las viejas banderas de lucha para proseguir en ese camino de conquistas. Parte de esa tarea consiste en comprender cuáles son las intenciones de los empresarios y para ello se debe tomar en serio la formación de la que ya hablamos.

El capitalismo intenta presentarse a sí mismo como un régimen socioeconómico que es la “forma natural” en que las sociedades humanas deben organizarse. Por ello se ha hablado del “fin de la historia” para mostrarse como un modelo insuperable, por lo que nada mejor se puede esperar. Aquí aparece el papel del escepticismo. Ello responde al hecho de que para los grandes economistas y pensadores liberales, la naturaleza humana no llega a reconocer esa “verdad” debido a la ignorancia y la superstición. Una vez que “esa verdad” sea aceptada el “mercado” mostrará toda su capacidad de ordenar la economía y la sociedad. Superados los “viejos prejuicios” se podrá reconocer esta finalidad moral y política que es, a la vez, la que mejor responde a la naturaleza humana. Podrá entonces desplegar todo su potencial productivo.

Esta línea de pensamiento es la que sostiene el neo-liberalismo que ha utilizado el mecanismo de la globalización para imponerse en la mayor parte del mundo occidental. Sin embargo, en lo que va de este siglo ha provocado crisis profundas de las que no ha sabido cómo salir hasta ahora. La situación actual de los EEUU y de Europa habla a las claras de la severidad de estos procesos que depararán todavía problemas sociales mayores. Lo que este sistema ha sabido hacer, y lo ha logrado a las mil maravillas, es enriquecer a los más ricos. Esta situación ha llevado a las Naciones Unidas a acuñar la frase siguiente, como descripción de este comienzo de siglo: «Cada vez hay menos que tienen más y más que tienen menos». Lo que ya no es un secreto para nadie que intente observar el mundo de hoy es que la riqueza se concentra cada vez en pocas manos y las cantidades acumuladas no tienen antecedentes en la historia. Veamos.

Las fortunas personales estadounidenses de más de 1.000 millones de dólares podría generar ingresos más que suficientes para erradicar los déficits presupuestarios conjuntos de los estados

[provincias] que componen la nación norteamericana, contando tan sólo con 400 de la lista de la revista Forbes”. Compara fortunas personales con presupuestos de los Estados que están pasando dificultades de financiación para cumplir con sus obligaciones de gobierno. Esto ya nos pone sobre aviso acerca de la dimensión de esas fortunas personales las que aportando sólo un “pequeño impuesto” resolvería sus dificultades.

Par tener una referencia de cómo evolucionaron esas fortunas podemos leer: «En 1982, el primer año en que apareció la lista anual Forbes, solamente 13 norteamericanos podían mostrar un nivel de mil millones. La cantidad de esos multimillonarios fue creciendo hasta llegar a los 400 actuales». En la otra punta de la escala la pobreza avanza cada vez más.

La pregunta que puede formularse es: ¿cómo tener esperanza ante datos tan demoledores? ¿este proceso podrá avanzar indefinidamente? Creo que está acá el nudo de la cuestión. La historia nos muestra que situaciones semejantes, tal vez no tan extremas, se han dado y siempre fueron el prólogo a grandes cambios históricos y sociales. Poder pensar hacia el futuro exige que nos sintamos provocados. Pro-vocar tiene aquí el sentido de “vocar” en “pro” de un llamado a una nueva reflexión. La fuerza de la provocación reside en que nos incomoda, nos saca de los caminos conocidos y nos obliga a internarnos por senderos nuevos, muy poco transitados. Si nos atrevemos podremos pensar que la historia no se detiene, porque nunca se detuvo, lo cual nos abre la pregunta ¿hacia dónde vamos?

Habíamos hablado en el capítulo VI del avance del robot y el reemplazo de la mano humana. Esto parece en sí mismo una dificultad insalvable. Pero el problema del robot no radica en la tecnología sino la utilización que hace el interés del capitalista en su afán de lucro. Las tareas que realiza son las menos humanas por ser las menos creativas, por ello el robot puede hacerlo con mayor precisión que el humano; el robot no se cansa, no se embaraza, no se enferma, se autorrepara, no se aburre y, sobre todo, no se sindicaliza. Es deseable que tanto esas tareas, como las que implican un riesgo para la salud o la integridad personal, en el sentido más abarcador del término, sean el robot quien las realiza. El hombre no debería realizar ese tipo de tareas.

Estas novedades nos están anticipando la posibilidad de un tiempo futuro más humano. Entonces, debemos mirar en este progreso la posibilidad de una sociedad que está en condiciones de liberar al hombre del trabajo más rutinario y extenuante. Cómo no agradecer el poder plantear la posibilidad de un mundo de trabajo creativo y libre. Esto supone un largo debate y una larga lucha, para la cual debemos empezar a prepararnos. Ya no se trata sólo de un problema salarial sino de reestructurar el sistema de producción pensando en un mayor respeto por el trabajo humano y una mejor distribución de la riqueza producida. Los ludistas del siglo XVIII, obreros industriales de la época de la Revolución Industrial, veían cómo las máquinas los desplazaban de sus puestos. La solución que encontraron fue destruir las máquinas, pero la historia nos mostró que las máquinas siguieron avanzando y los ludistas perdieron la batalla. Buena lección para nosotros.

Para no repetir ese error de concepto lo que debemos pensar es cómo integrar la nueva tecnología en un mundo que no la utilice contra los trabajadores. El problema radica en los dueños del capital. Contra la tendencia a acumular más ganancias debemos preparar las organizaciones de trabajadores para debatir el futuro de la organización de la producción. Lo que hoy sabemos es que la tecnología aumenta las utilidades, bien la respuesta debe ser el reparto de ellas. La solidez de las propuestas irán modificando las relaciones de fuerza. El problema radica en nosotros que no nos atrevemos a pensar modelos diferentes que respeten el trabajo. Vicente Santuc Laborde afirma:

Si no estuviéramos tan enquistados en ciertas maneras de pensar ni tan obsesionados por los callejones sin salida en los cuales ellas nos encierran, encontraríamos este hecho lleno de grandeza.

Pero, lo que es grave es que nos crispamos sobre maneras de pensar venidas de ayer y demasiado estrechas para permitirnos responder a las preguntas que tenemos en manos.

Por otra parte, también debemos plantearnos otros caminos alternativos como el que nos señala Jorge Seibold quien ha propuesto otro modo de pensar el futuro. Pensar que lo que está comenzando a darse: “No es una crisis del trabajo propiamente dicho, sino de una modalidad del trabajo como es el trabajo o empleo asalariado. Aquí se descubre una nueva posibilidad cultural y social de recrear una nueva forma de trabajo, más personal, más creativa”. Puesto que una parte del trabajo de ahora en adelante será precario, flexible, temporal y dependerá en gran medida de la preparación de conocimientos, práctica y de gestión del propio trabajador. Entonces, lo que nos obliga a pensar hacia adelante, es la imposibilidad de revertir la dirección del cambio, dado que su sólo intento nos arrastraría a morir bajo las ruedas de la historia.

Si bien no podemos detener el tiempo podemos si domesticarlo y humanizar su rumbo al ponerlo al servicio de una nueva comunidad. El Dr. José Luis Coraggio, sostiene que hay un amplio margen para generar posibilidades contando con lo que se tiene:

Es posible generar, con nuestros propios recursos, un sector de la economía con eficiencia social y técnica, centrado en un trabajo altamente capacitado, informado y en continuo aprendizaje, con relaciones más solidarias, orientado a mejorar la calidad de vida de todos, en interacción con la economía del capital y la economía estatal, a las que proveerá no sólo mercado, sino bienes, servicios y fuerza de trabajo, habilitando otras expectativas sobre nuestras posibilidades como Nación.

Es cierto que todo lo dicho, a primera vista, se parece mucho a una serie de disparates. Debe recordarse lo dicho acerca de pro-vocar el pensamiento hacia un mundo diferente a éste. Hasta ahora los cambios históricos fueron pensados, planificados y ejecutados por los dueños del poder, ha llegado la hora en la que los trabajadores hagan oír sus voces en defensa de los derechos y deseos de los más, de los que nunca fueron convidados a participar en la mesa de los poderosos. Para ello hay que echar a volar la imaginación.

Palabras finales

Cantor que cante a los pobres, ni muerto se ha de callar.
Pues ande vaya a parar el canto de ese cristiano,
no ha de faltar el paisano que lo haga resucitar.
Martín Fierro

Leer y reflexionar sobre los temas que han quedado planteados no es tarea sencilla. Sobre todo ante una sociedad global que invierte mucho tiempo y dinero en convencernos que ya todo está hecho y que nada se puede modificar. No se puede ocultar que este tipo de mensajes pretende adormecer la conciencia de los trabajadores para que abandonen toda pretensión de cambiar el curso de esta historia de sometimientos. Los últimos tres siglos han presentado diferentes escenarios en los que se ha transitado por diversos caminos. En cada uno de ellos se han confrontado intereses contrapuestos entre los que proponían un mundo para ser disfrutado por pocos y los más intentando ensanchar la franja de la distribución de riquezas. Nos toca ahora hacernos cargo de esta etapa que nos interpela y nos desafía.

Las últimas tres décadas entramos en lo que podría ser pensado como el asalto final de los dueños del poder y del capital por quedarse con la mayor parte posible de las riquezas producidas. Esto no es enteramente nuevo pero, tal vez, por la soberbia de sentirse únicos, sin enemigos a la vista a partir de la caída del Muro de Berlín, se ha acentuado la voracidad del capital y están dispuestos a arrojar a los márgenes de la

Historia a muchos millones de personas. Las cifras nos están hablando de las dos terceras partes de la población del mundo no sólo pobres sino también en camino de un empobrecimiento mayor.

Pertenecemos a un continente que ha comenzado a despertar del largo proceso de la colonización y de los múltiples modos del sometimiento y la dependencia. Este nuevo camino debe entusiasmarlos por estar nosotros justo en el lugar del planeta donde se está escribiendo la historia del futuro. Para ello América Latina parece haberse convertido en el laboratorio de diferentes experiencias innovadoras, muy creativas desde el punto de vista social, económico, cultural y político, desde las cuales comienza a desafiar a los poderes internacionales. Mientras el Primer Mundo muestra su desgaste y la miopía de querer salir de las crisis con viejas recetas fracasadas, nuestras tierras se ofrecen para ser estudiadas y reflexionadas en sus historias llenas de imaginación transformadora.

Tal vez, esto no sea tan evidente para aquellos que todavía no se han atrevido a abrir sus ojos para mirar este desfile de acontecimientos que se inscriben en un modelo nuevo de organizar y gestionar una revolución en paz que incluya a todos, como dice Martín Fierro: «No es para mal de ninguno sino para bien de todos». Y una parte importante de lo nuevo que propone esta experiencia política es que el instrumento de este nuevo tipo de “revolución en paz” es la democracia. No ha necesitado apelar a la vía violenta y, por el contrario, propone el camino del libre juego de las instituciones para dirimir los conflictos de intereses entre los sectores sociales en pugna.

Es aquí, dentro de esa propuesta, que adquiere relevancia la propuesta de mejorar, ampliar, modificar, las estructuras de las organizaciones sindicales para colocarlas a la altura de las necesidades que impone esta etapa de la Historia. Para ello se torna imprescindible la convocatoria a todos los trabajadores para incorporarse a esta tarea. En este camino toma cuerpo la oferta de la formación de cada uno para aportar todo lo que se pueda a esta construcción de un mundo mejor para todos. En ese sentido aparece este manual que es una pequeña síntesis de temas que requerirán un desarrollo posterior en los distintos encuentros que se realicen.